

jamás se ha visto detenida por el eco de esta frase que limita los movimientos de todos los seres: ¡De aquí no pasarás! al contrario, siempre se siente empujada por esta voz misteriosa, que le dice: ¡Adelante! ¡siempre más allá!»

¡La *herencia*! No hay en la hipótesis transformista un principio más exagerado que el llamado *hereditario*. ¿Pueden los seres organizados por medio de la generación transmitir todos sus especiales caracteres á sus descendientes? Nos parece que de cuantas anomalías y perturbaciones es susceptible el organismo, no hay una que sea más variable, inconstante y capaz de amoldarse á los deseos y exigencias de los sistemas, métodos y escuelas que la *herencia*, sobre todo cuando se estudia en el sér humano, donde debiera ser fija, permanente é inmutable. Hay, indudablemente, casos en los cuales los hijos se parecen en la fisonomía y en la estructura externa é interna á los padres que les dieron el sér. Este es un hecho fisiológico que debería presentarse siempre, á ser la *herencia* una ley natural, fija y constante; pero no sucede así en el hombre. Si nos tomamos la molestia de examinar nuestra propia familia ó unas cuantas bien conocidas y de confianza íntima, donde la conducta privada de la madre pueda servirnos de segura garantía, veremos que los hijos no siempre son el retrato de los padres y que esta frase vulgar no puede traducirse en ley.

En efecto, nada tiene de extraño, y al contrario, es muy natural que los hijos han de parecerse á sus progenitores; pero, como acabamos de indicar, hay muchísimos casos que no sucede así; en otros tienen el tipo de ambos, y se ven repetidos ejemplos donde se reconocen los signos más marcados de la madre ó los más sobresalientes del padre.

¿Cómo, pues, querer erigir en ley natural que la estructura externa de los progenitores ha de transmitirse por herencia á los hijos, ni mucho menos que esto suceda durante repetidas generaciones? ¿Cómo pretender que estas desviaciones anormales adquieran estabilidad y fijeza? Entonces aquel que tuviera un defecto físico, como los jibosos, daría una descendencia de jorobados, y los que desgraciadamente tuviesen las piernas torcidas, fuesen zambos ó mancos, todos sus descendientes tendrían las mismas imperfecciones.

Igual razón milita en aquellos individuos que tienen seis dedos en una mano ó en un pié, los sexdigitados, los del labio leporino, etc.; porque si existe una ley para que estas desviaciones por exceso de desarrollo se transmitan por vía de herencia, la misma ley debe existir cuando son por defecto ó por falta de este desarrollo; y, en verdad, el padre que desgraciadamente es ciego, manco, cojo, etc., no transmite á sus hijos la triste herencia de sus imperfecciones físicas, sino que vienen á este mundo con todos sus miembros completos. Es más, hemos visto á hijos con ojos muy hermosos y la vista perfecta de matrimonios

ciegos. Y que no se llamen formas adquiridas por herencia á ciertas modificaciones que artificialmente pueden tomar muchos órganos de los niños recién nacidos y con especialidad de la cabeza, porque todo esto desaparece poco á poco dejando al infante á su natural y libre desarrollo. Si este principio de la herencia, tan imprudentemente exagerado, fuese cierto, tiempo fuera de que los hombres con seis dedos en cada mano ó en cada pié se hubiesen generalizado por vía de herencia, lo mismo que los mancos, los cojos y los jibosos, imitando estos últimos al dromedario, que transmite á sus descendientes la joroba que es peculiar á la especie. Empero los transformistas se habrán convencido de que no sucede cual ellos dicen, y la humanidad presenta la misma figura con que fué creada por Dios, sin que se propaguen por herencia las monstruosidades que no son más que accidentes eventuales y no una realidad que se fija y propaga por adaptación.

No hay en estas observaciones acerca la herencia toda la exactitud, y sobre todo la imparcialidad que reclama la ciencia. Hemos conocido y tratado en Granada durante muchos años á un sujeto tuerto y malcarado, con las piernas torcidas y zambo, el verdadero tipo de Quasimodo, de Victor Hugo, en la novela *Nuestra Señora de París*. Este sujeto se casó con una pobre y honrada sirvienta, y sus tres hijos, dos varones y una hembra, eran bien formados, y sin escrúpulo podía llamárseles hermosos; el mayor hubiera sido un excelente modelo. Y citamos este ejemplo, porque la vecindad, sin excepción, abonaba por la honrada María, que por otra parte no tenía mucho de Venus. También podríamos aducir el caso de una señorita, cuyo padre era jiboso en grado superlativo y apenas alcanzaría noventa centímetros de estatura, y su hija, no obstante, es muy bella, esbelta y elegante y tiene hijos hermosísimos, llenos de salud. La estructura externa no es hereditaria en sentido absoluto, cual debería serlo para fundar una opinión concreta que pudiera erigirse en ley fisiológica; de manera que ni la herencia ni la adaptación son leyes de la Naturaleza, si no simples accidentes ó eventualidades.

Y lo que estamos indicando respecto de la estructura externa debe entenderse también para la interna. Lo repetimos: podrá suceder que un padre padezca un vicio de conformación y de estructura en un órgano, pero esto jamás será una razón para decir *à priori* que sus hijos lo han de padecer también, sin que por esto neguemos la *posibilidad* de tenerlo. Podríamos citar muchísimos hechos de esta naturaleza que testifican nuestro aserto. Y desde luego protestamos que no es nuestro intento combatir el principio de la *herencia* por el pueril deseo de combatir uno de los fundamentos del transformismo, sino que aceptamos cuanto razonablemente podemos admitir, rebatiendo todo aquello que la experiencia niega, y sosteniendo que sobre los datos que presentan los darwinistas



no se puede fundar una ley fisiológica, porque de todos y en todas partes se ofrecen en mayor número otros que los contradicen.

Hay en esta clase de estudios mucho que observar y mucho que aprender antes de formar un sistema fantástico, con sus divisiones y subdivisiones, á lo que parecen ser muy aficionados algunos transformistas. Ya comprendemos perfectamente que el problema de la *herencia* es para ellos uno de los principios más fundamentales de su doctrina, sin el cual su pretendido sistema cae y se hunde por su base; pero por más que se esfuercen y se obstinen nada podrán conseguir, porque la observación atenta de cada uno en el círculo de su propia familia y de sus relaciones sociales, y en el estudio analítico de los grandes caracteres que nos revela la historia y de sus respectivas descendencias, encontraremos datos poco satisfactorios para el darwinismo, pero que darán alguna luz sobre tan importantes como trascendentales problemas.

No es cierto tampoco que los hijos de los padres que padecen afecciones hepáticas, gotosas, epilépticas, sifilíticas, herpéticas ó tuberculosas hayan también de padecerlas. Es probable que habrá algunos que las padecerán, como enfermedades adquiridas por vía de herencia en el acto de la generación, pero no será condición *sine qua non* que las tengan todos que padecer forzosamente porque sus progenitores las tuvieran (1). De suerte que convenimos en que por la generación pueden transmitirse y se transmiten alguna vez ciertas enfermedades, pero no de un modo constante, absoluto y fatal. Y como consecuencia ineludible, si la terrible ley de la herencia fuese cierta, todos los descendientes de un padre con alguna afección orgánica adquirida ó heredada se verían sojuzgados por los funestos padecimientos, que serían un sello bien triste y desconsolador para innumerables familias.

Pues bien, estos mismos fenómenos de constantes negativas los encontramos, pero de una manera más acentuada y tangible, en las cualidades del orden

(1) Corroborado queda que no se heredan necesariamente las enfermedades padecidas por los progenitores, con el ejemplo de nuestra propia familia. Nuestro buen padre sufrió á los 25 años ataques de hemoptisis y murió de tuberculosis cuando contaba 48. Pues bien: diez y siete hijos contó el matrimonio en el periodo de 23 años transcurridos desde su enfermedad á su muerte. De éstos ninguno ha fallecido á consecuencia de la tisis: trece nos sentábamos alrededor de la mesa en 1832, y los que murieron fué á causa de otras enfermedades, algunos de ellos del cólera morbo asiático. Los que viven pasan de 60 años, tienen hijos y nietos en buena salud y completa robustez, sin que, loado sea Dios, ninguno de los hijos, nietos y biznietos de mi buen padre, padezca ninguna enfermedad heredada. Y esto que decimos de nuestra familia, acontece en otras muchas, sin que por ello no sea muy cierto y evidente que el herpes se reconozca en hijos de padres herpéticos lo mismo que la sífilis, la tisis, la epilepsia y aún el cáncer en hijos cuyos padres sufrieron estas enfermedades.

moral y psíquico, digan cuanto les plazca en sus libros los señores Darwin, Lucas, Hæckel, Ribot y demás partidarios intransigentes del transformismo. Los hijos de un ladrón, de un incendiario y de un asesino no han de heredar estos tristísimos vicios criminales por el sólo hecho de haberlos tenido sus progenitores, ni tampoco los de padres sabios ó de talento escaso y limitado han de tener hijos sabios ó estúpidos. En estas cualidades hay mucho que se adquiere por intuición, por costumbre y por hábito, como suele ser la afición al juego, la costumbre de holgar, la necesidad de dormir la siesta y otras muchas aficiones que se arraigan en los niños en el seno de la familia. Millares de ejemplos pudiéramos presentar sobre estas mal llamadas herencias psicológicas y morales que corroborarían cuanto decimos. ¿Quién no conocerá ejemplos múltiples de hijos de padres virtuosos y honrados bajo todos conceptos, de moralidad intachable, cuyos hijos han sido de conducta desarreglada, troneras, pe-tardistas, timadores, ó se han prostituido de una manera vergonzosa, olvidando el ejemplo constante de sus progenitores, que debieron asimismo haber recibido á la manera de fluido ó de virus con arreglo á la ley de la herencia? Esto nos trae á la memoria al hijo de un nuestro amigo y compañero, uno de los hombres más ilustres y más sabios de nuestros días, que, no pudiendo recibir el grado de licenciado en la Escuela donde había hecho sus estudios, á pesar de la brillante y elevada posición y de las grandes influencias del padre, nos fué recomendado, diciéndonos en la carta de representación estas ó parecidas palabras: «que tenga siquiera un título legal para que mañana no perezca.» Otro sujeto, hijo de una persona ilustrada y de buena posición social, no podía comprender por qué *cinco fanegas* de trigo y *cinco* de cebada hacían cinco fanegas de trigo y cinco de cebada; y á pesar de sus 28 años sumaba con los dedos y obtenía *diez* fanegas. Fué preciso tomar un puñado de trigo y otro de cebada para hacerle concebir que no podían sumarse por ser semillas de distinta especie. Esto lo referimos para probar que los hijos de los hombres sabios y de mucha instrucción pueden ser de escaso y limitado talento. Hemos visto á los hijos de un jugador odiar el juego, y á los de un matón y pendero aborrecer las peleas y ceder sin repugnancia en las cuestiones; y por el contrario, á un hijo de padres honrados, pacíficos y de carácter bondadoso ser un peleador de oficio, que después de haber visitado las cárceles y los presidios, en particular el de Cartagena, murió de cuatro puñaladas en una reyerta de mal género con un compadre suyo, que, por cierto, no se metía con él ni buscaba aquella pendencia.

Cualquiera que, sin espíritu preconcebido se dedique á estudiar esta clase de perturbaciones físicas, fisiológicas, morales y psicológicas hallará, indudablemente, multitud de ejemplos en pro y en contra de la herencia ó principio



hereditario que supone el darwinismo ser cosa material que se adquiere por generación, todo lo cual le conducirá á una consecuencia legítima y final; tal es, que los hijos pueden tener las mismas virtudes ó defectos, es decir, iguales aficiones que sus progenitores adquiridas por la costumbre y por el hábito, y que quizá tengan también muchos de los llamados patológicos como producto de la generación, debiendo rechazar tanta nimiedad y tantas pequeñeces como se dan á conocer, acumulando hechos y detalles de pobrisimo resultado, que nada tienen de científico ni de filosófico, ni mucho menos pueden elevarse á una ley fisiológica. ¡Desgraciada de la humanidad si la herencia fuese una ley ineludible y fatal de la naturaleza! En el corto espacio de tiempo, nada más que de un siglo, el hombre estaría aprisionado por los males, padecimientos y perturbaciones heredadas, y estas tristes aficciones se extenderían de padres á hijos, lo mismo que el crimen, la inmoralidad y la perversidad. Sin embargo, hay una Providencia que, sin saber cómo ni cuándo corrige estos trastornos y estos males, presentándose tan sólo como casos excepcionales de las leyes del organismo en sus diferentes maneras de ser. La herencia que predica el transformismo es un mito, no existe en el sentido que le da esta escuela.

Sería un insensato quién pensara que impulsados por un espíritu de partido rechazamos la doctrina transformista, ni los trabajos que para sostenerla han consignado varios profesores ilustres en muchas obras, como las tituladas: *Variación de los animales y las plantas, Tratado de la Herencia, Principios de Psicología, la Herencia, etc.*, y que imitamos á aquellos que sostienen estas hipótesis inspirados por un sentimiento ageno á la verdadera ciencia, y que sólo buscan en la naturaleza inorgánica y orgánica cuanto conviene y puede contribuir á su objeto. Nuestra tarea no tendría fin, si nos detuviéramos á examinar las descripciones y detalles, que sólo sirven y aprovechan al autor de una hipótesis, cuando pretende elevarla á doctrina admisible, rodeándola de todos los pormenores que conoce para que adquiriera la categoría de verdadera teoría.

¿Es cierto y evidente y susceptible de demostrarse científicamente que la *selección natural* es una ley real de los organismos vivos? ¿Puede la Naturaleza —empleando el lenguaje de los transformistas,—eliminar las desviaciones perjudiciales á los seres orgánicos? ¿Es la selección una fuerza que se utiliza convenientemente, empleando un método adecuado ó bien que se realiza de un modo inconsciente? En estos casos la *herencia* no puede existir; porque la selección evita las variaciones favorables y desvía aquellas que son perjudiciales. Ya el señor A. R. Wallace, que ha sido uno de los profesores que en unión de Darwin han vuelto al palenque científico la ya olvidada doctrina de Lamarck, confiesa con lealtad, que la selección natural es suficiente para explicar el

transformismo, teniendo que acudir á entes suprasensibles, que por cierto no son del beneplácito de los racionalistas.

Por clara, inteligible y brillante que, al parecer se nos presente la selección natural; que es otro de los extremos fundamentales del darwinismo, la consideramos tan exagerada y fuera de su lugar verdadero como la herencia misma. Hay indudablemente una ley en el orden natural, que tal vez no se haya apreciado cual corresponde, por la cual todas las variaciones concientes ó inconcientes que experimentan los seres orgánicos, esto es, artificiales ó naturales, desaparecen con más ó menos tiempo, si el individuo se deja á su propio impulso. Estas modificaciones, hijas del artificio y obtenidas á fuer de desvelos y cuidados, dejan intacta la sustancia que constituye su naturaleza íntima conservando la especie. Hasta en las mismas razas, hace notar el señor Fabre, encontramos una tendencia constante de todos los seres para volver al tipo primero que fué el punto de partida. Y en verdad que el mismo señor Darwin también lo dice de una manera que no admite réplica, estudiando el grupo de las palomas, que tal vez sea el que reconoce mayor número de razas y variedades, demostrando que todas provienen de una *sola pareja*. Déjense, abandonense los medios artificiales que sirven para modificar el palomo, y pronto veremos como aquellas variaciones desaparecen unas tras otras en menos tiempo que el que necesitaron para adquirirlas, hasta volver al punto de origen. Y si esto, que es general para todos los animales, no se realiza, búsqese la causa en los cruzamientos, que por más que se diga, no producen más que seres híbridos, infecundos, en los que se reconocen sus anomalías y diferencias de raza.

La elección de las buenas semillas y de los individuos robustos y sanos, la apreciación de cualquier accidente que se note y coadyuve al fin propuesto, etc., etc., lo cual conocen perfectamente los jardineros, labradores, ganaderos y criadores; forma la selección, que fué practicada ya por los antiguos. Empero haremos notar que nada hay de fijo y permanente en estas modificaciones, las cuales desaparecen cuando la mano y la inteligencia faltan ó siempre que cambian las condiciones naturales, para obedecer ciegamente á la ley conservadora bajo cuyo imperio fueron creadas. He aquí porque no se han propagado los hombres sexdigitales, ni los jibosos, ni los mancos, ciegos y cojos, naciendo todos en general con las perfecciones que les son peculiares y características. Esta es la causa porque los perros y los gatos sin cola ni orejas, dan hijos provistos de ellas, porque así fueron creados, aun cuando se haya seguido esta experiencia en un número muy respetable de generaciones. Será probable que en otro lugar, digamos todavía algo sobre la selección.

En vano se esforzarán los racionalistas en sostener que la fuerza obedece á



la materia, y por ende que el cerebro engendra la inteligencia. El alma para ellos no existe, es una quimera ó una ilusión de nuestra fantasía, y lo que se conoce con este nombre, no es más que la resultante de las elaboraciones parciales de los distintos órganos cerebrales. Según esta escuela el alma representa una secreción como otra cualquiera. Error funesto, que desgraciadamente va propagándose entre la juventud estudiosa y en el corazón de las masas obreras.

Meditando un poco sobre estas atrevidas próposiciones y comparando las dos sustancias una espiritual ó anímica y otra material, corpórea ó substratum, será como vendremos en conocimiento, no sólo de la existencia del *alma racional*, sino de su esencia y personalidad; y á la vez de las propiedades propias de la *materia*, de su falta absoluta de esta personalidad y de la forma y manera como vive.

Las *fuerzas*, sea cual fuere el modo de considerarlas, pertenecen á aquellas sustancias que tienen extensión, y por lo tanto son divisibles. Hay no obstante una fuerza motora que corresponde á el alma.

Cuando digo *yo quiero* represento el *yo* individual, cuyas sensaciones, pensamientos y actos son para mí conocidos por la conciencia. Este *yo* se manifiesta como ente indivisible, activo y constantemente identificado consigo mismo, cualesquiera que sean las variaciones que experimente en su manera de ser.

Si la posibilidad de mandarse uno á sí propio demuestra que la noción del *yo* va unida á la de mi cuerpo, sintiendo de un modo perfecto que estos entes obran recíprocamente; esto probará, sin ningún género de duda, que las dos entidades pueden separarse y por consiguiente son dos sustancias distintas.

El cuerpo ó materia por su inercia ó por una concentración mórbida opone, en ciertos casos, una resistencia apreciable por la voluntad, y si bien esta voluntad firme y sostenida puede desarrollarse hasta un grado muy elevado, el organismo no obedece á sus exigencias. Empero la constancia y la energía realizan, al fin, sus aspiraciones, por aquello de que *querer es poder*.

El alma humana obra siempre con absoluta libertad, y cual entendido vigilante, utiliza las impresiones del cerebro si así conviene á sus miras, ó las deja pasar cual si no hubiesen tenido efecto. El movimiento producido por la impresión, ya sea de los sentidos, ya de los medios de difusión molecular, de las vibraciones que producen calórico y demás agentes imponderados, ó de acciones mecánicas, realizado siguiendo el orden fenomenal de la Naturaleza, ó por medios bruscos y desordenados, no impondrá á el alma, que siempre libre obrará ó dejará de obrar, anteponiendo una á otra impresión; porque su actividad es del todo diferente del estado pasivo de la materia.

La actividad del alma, dice el abate Moigno, se ejerce en condiciones que

establecen entre ella y la materia un antagonismo profundo. Para la materia no existe *acción actual* ni á distancia; el gran Newton se apresuró á reconocer, que esta atracción no era más que una palabra, una fuerza de explicación; pero de ningún modo una *fuerza real*. Así, la distancia, el espacio, y el tiempo, con relación á la materia, son reactivos mudos á los cuales nada responde. Para la acción del alma, estos reactivos son de grande elocuencia. El alma se lanza por la inmensidad, sin que conozca pasado, futuro ni distancia; su voluntad es bastante para traer á la actualidad los sucesos más lejanos del humano linaje. La pesantez es un reactivo que se encuentra hasta en la última molécula, porque todo cuerpo tiene su peso y volumen propios. ¿Quién podrá señalar este peso y este volumen al pensamiento, á la voluntad, al amor y á los seres inmortales, á las afecciones del alma, á la verdad y la mentira, al reconocimiento y la gratitud, á la perfidia y la infidelidad?

Bajo este punto de vista el cuerpo es un instrumento dócil é inconciente, hasta el extremo que en muchos casos se le haya confundido con el agente anímico que las determina. La atención hace ver, que el cuerpo es un instrumento de la voluntad y este hecho, proclama á grandes voces, que existe una diferencia inmensa *entre lo que en nosotros manda y lo que en nosotros mismos obedece*.

Por consiguiente, el *yo* no es la materia impenetrable, divisible y extensa propia del substratum, ni una parte de él, ni tampoco el resultado de la organización ó de la fuerza que lo preside. Es un individuo simple, sin extensión é indivisible. Todos los actos del *yo* son espontáneos y peculiares á su actividad.

Toda sustancia que por su esencia sea susceptible de dividirse, es divisible de hecho en pequeñas partes. En los cuerpos, las masas, los volúmenes, la fuerza motriz, la cantidad de movimiento etc., son la suma de las masas, volúmenes, fuerzas y movimientos de cada una de las partes de que se compone. La dureza, la blandura, la maleabilidad, la ductilidad, la tenacidad, el color, la vida y otras muchas cualidades que los cuerpos no admiten artificialmente, tampoco existen en ellos en tanto que estas maneras de ser son peculiares á las partes que los constituyen. Cuando la sustancia ha adquirido su forma característica, afectará en su conjunto la figura que proviene de la reunión de las figuras externas de cada una de sus partes constitutivas.

Por el contrario, todo pensamiento que reside por necesidad en un sujeto, como toda manera de ser, no es susceptible de dividirse en sujetos parciales. De suerte, que todo pensamiento es en sí uno é indivisible, porque no sería lógico que una parte estuviese en un sujeto y otra porción en otro. Si con efecto, un pensamiento pudiese tener por sujeto una colección de partes habría tan-



tos cuantas fuesen estas partes, y todos reunidos formarían el pensamiento único que corresponde á un solo individuo, porque todo pensamiento no representa una colección y sí una unidad. Además, cada parte y no el todo sería el sujeto de cada pensamiento, lo cual no es posible sino con la precisa condición de ser una é indivisible por sí. Á mayor abundamiento, la conciencia de sí mismo, el juicio y el raciocinio no tienen por sujeto más que una sustancia simple, que es la que *siente y compara*. Otro tanto sucede con la *memoria*, que presupone la persistencia absoluta de la *entidad propiamente dicha* en el sentido más severo. El *alma racional*, por lo tanto, sujeto del pensamiento, es esencialmente simple é indivisible, perfectible, inmaterial y espiritual. El acto de pensar reconoce la percepción, el juicio, la conciencia y la reflexión. *El alma humana*, dijo un filósofo naturalista, *es la antorcha de la inteligencia y del pensamiento*. El alma racional, para la Iglesia católica, representa un espíritu simple, sublime, puro y verdadero, que se eleva por sus méritos á las regiones celestiales.

En todo sér real y concreto se distinguen dos cosas, la sustancia y sus modos de ser. Toda sustancia lleva en sí una fuerza que le da actividad, y de aquí provienen las facultades que el pensamiento separa, sin las cuales sólo conseguimos el substratum pasivo. Además, á cada sustancia en particular corresponden ciertas maneras de ser, á veces anteriores á las facultades, ó que resultan del ejercicio propio de aquéllas y de la acción de los objetos exteriores.

Todo cambio en los modos de ser ó de relación se llama *fenómeno*; pero cuando no son instantáneos y sí peculiares á las sustancias, á sus facultades y á las relaciones accidentales con otros cuerpos, se designan con el nombre de *cualidades*. Entre ellas las hay que pertenecen única y exclusivamente á la esencia invariable de una sustancia dada, y entonces constituyen los *atributos*.

Los *atributos primeros* son lógicamente anteriores á las facultades, y representan ciertas condiciones peculiares á la sustancia. Así, la existencia necesaria, la actividad infinita, la perfección absoluta y la simplicidad, son atributos de Dios. La contingencia, la impenetrabilidad, la divisibilidad y la extensión son atributos primeros de la materia. Las facultades de Dios son eternas; poder infinito que se realiza por sí en la inmensidad del tiempo y del espacio, que forma lo que es, ha sido y será; pensamiento infinito que abraza todo lo que es eternamente, todo cuanto existe en la actualidad, ha sido y será, y todo cuanto es posible que sea; amor sin límites del bien absoluto.

Los *atributos secundarios* provienen de las facultades divinas, y se llaman atributos morales de Dios. En esta categoría encontramos la sabiduría, la bondad, la justicia, etc.

En los seres contingentes reconocemos atributos secundarios que representan la expresión de las facultades cuyo ejercicio no puede perpetuarse, como las cualidades que corresponden al *yo* de un sér razonable y libre. Aquí observamos que la mayor parte de las cualidades no son atributos, ni muchos modos de ser pueden calificarse de cualidades y sí de fenómenos, que toman nacimiento con arreglo al agente que actúa en las sustancias.

Ahora bien, si comparamos las cualidades de las sustancias espirituales con las que pertenecen á las corpóreas, veremos por una parte las almas y por otra los átomos: no mencionamos la *mónera* por ser un punto imaginario filosóficamente considerada. El alma racional y el átomo tienen como atributos primeros, comunes á ambos, la contingencia; pero como el alma carece de extensión no puede localizarse sino de un modo indirecto y en virtud de cierta sujeción temporal de su potencia motora ligada á un sistema de órganos. El átomo, siendo extenso, tampoco puede localizarse por sí mismo, y en el caso de efectuarse esta localización lleva en sí una restricción necesaria y permanente relacionada con su fuerza motora. El alma racional, como sustancia indivisible y simple, posee la actividad interna de la inteligencia, de la sensibilidad y de la voluntad. El átomo es por su esencia divisible, si bien todos sabemos que ninguna de las fuerzas naturales conocidas realiza semejante división; carece de inteligencia, de sensibilidad y de voluntad; es decir, que no tiene ninguna de aquellas actividades internas que le hacen cambiar sus modos de ser, pudiendo obrar sin el auxilio de otro agente. Hé aquí en pocas palabras un análisis comparativo entre el alma racional y el átomo, entre el espíritu y la materia, del cual resulta, que si bien ofrecen algunas analogías como en la duración y la fuerza motora, tienen otras cualidades de alta importancia que los separan exclusivamente á cada uno, sin que nos sea dado confundirlas. Á la primera corresponden las que dependen de la simplicidad é indivisibilidad de la sustancia, y al segundo las que son propias y peculiares á la extensión y divisibilidad.

Nuestros filósofos contemporáneos presentan en la actualidad tres opiniones diferentes acerca la naturaleza íntima de la materia, opiniones que les pone en lamentable desacuerdo.

Para el ilustre y distinguido químico señor de Berthelot, la *noción de átomo indivisible* (átomo químico), *extenso y continuo, igual á un átomo dado de masa que se ha reducido á un punto material, parece en sí contradictorio*.

Una escuela, á cuyo frente se halla el sabio jesuita Rdo. P. Carbonelle, sostiene el principio de los *puntos inextensos*. Principio expuesto en la obra de dicho jesuita, *Confines de la ciencia y de la filosofía*.

Otros profesores aceptan una solución contraria, y ven en la noción de



átomo una *extensión é impenetrabilidad* incuestionable que indica la *transmisión de su movimiento por el choque*.

Por otra parte, en la teoría atómica del distinguido químico señor Wurtz, se hace abstracción completa de la forma y dimensiones de las moléculas primeras; es una teoría puramente química que considera á los átomos como elementos primeros, permanentes é irreductibles, destinados á formar los cuerpos, sin ocuparse de su naturaleza íntima ni mucho menos de averiguar si tienen extensión ó carecen de ella.

El sistema de las mónadas ó de los *puntos inextensos* del sabio filósofo el Rdo. P. Boscovich, que forma el dinamismo de nuestros días, representa una fuerza indicada por puntos materiales colocados en una extensión objetiva, que carecen de las tres dimensiones, pero provistos de las facultades atractiva y repulsiva, ó de una fuerza real.

Este monismo ó dinamismo es diferente del de aquellas escuelas que tuvieron por jefes á Leibnitz, Wolf y Kant, y, sobre todo, del sensualismo moderno.

El atomismo, que nosotros preferimos, reconoce como fundamento los elementos materiales con las tres dimensiones del cuerpo geométrico, siendo aparentes las atracciones y repulsiones á distancia, las cuales sólo se realizan por transmisión inmediata de átomo á átomo, de donde resulta el mundo físico. De aquí proviene que la extensión, la impenetrabilidad y la inercia sean tres elementos incapaces de producir movimiento alguno por su propia iniciativa, pues sólo comunican aquel de que están animados.

Fácilmente se comprende que los monistas sólo reconocen la *fuerza* como esencia de la materia, y los atomistas hacen depender esta esencia de aquellas tres propiedades: extensión, impenetrabilidad é inercia. En los primeros la materia es activa, en los segundos es pasiva. Empero, si un átomo pasivo recibe el choque de otro átomo, entonces reacciona en virtud de la impenetrabilidad y adquiere movimiento, en cuyo caso se halla en posesión de una fuerza viva que puede transmitir á otros átomos produciendo efectos dinámicos, pero siempre dentro los límites del movimiento recibido. De suerte que se le considera como un receptáculo de fuerza, sin que le sea dable destruir la que tiene ni tampoco cederla á otro átomo, porque su misión sólo se reduce á transmitirla.

Para los monistas son elementos con dimensiones nulas. Para los atomistas son elementos con dimensiones reales, pero excesivamente pequeñas. Los primeros quieren atracciones y repulsiones efectivas á distancia, acción eficiente y real de un punto material sobre otro punto lejano; y los segundos atracción y repulsión á distancias aparentes, siendo los átomos la causa determinante y no la causa eficiente, la cual debe buscarse en una causa intermaterial y de otra naturaleza.

Algunos espíritus apocados han creído ver en la teoría atómica aquel sistema de Epicuro y de Lucrecio que conducía directamente las inteligencias al ateísmo. Sistema que después del Renacimiento fué sostenido por Gassendi, quien supo darle mayor extensión aceptando nuevos errores, con los cuales pretendió rebajar y aminorar la soberanía del Creador omnipotente.

Para los filósofos atomistas de hoy, los átomos reconocen un Creador supremo, conveniente y necesario; son múltiples, limitados y contingentes; son realidades incapaces por sí de sensación y pensamiento, que resisten á la penetración, indivisibles por las fuerzas físicas, y susceptibles de transmitir el movimiento que reciben. Los atomistas de nuestros días, no tienen la insensatez de pretender explicar el orden del mundo, el origen del movimiento ni los fenómenos psíquicos valiéndose de la materia reducida á átomos. No se conoce otro sistema que enseñe mejor la inmensa distancia que existe entre el alma racional y el cuerpo material, entre el espíritu y la materia, entre el pensamiento y el movimiento. Los átomos pasivos sólo son considerados como simples receptáculos de fuerza, incapaces de organizarse ni de producir por sí ninguno de los fenómenos que representan la fuerza vital ó la conciencia. El atomismo contemporáneo se halla en perfecto acuerdo con el espiritualismo y en admirable armonía con los dogmas del Catolicismo. El monismo, ya lo hemos dicho, es ateo.

Nada más fácil que comprender, después de lo expuesto, lo que pertenece á el alma y al átomo. Las leyes de la actividad del alma son compatibles con la libertad, y las leyes de la actividad del átomo son incompatibles. Entre el alma racional y los agregados de átomos, sobre todo en los cuerpos organizados, la relación de conveniencia es mucho mayor, y la relación de semejanza es todavía más grande, al menos en apariencia. De suerte que la distancia aumenta de un modo progresivo cuando se comparan los dos órdenes de leyes aplicables á estas dos clases de seres.

En efecto, en los cuerpos organizados se encuentra una individualidad propia y persistente, una facultad reproductora por la cual esta individualidad se transmite, desarrolla y perpetúa, y el cambio lento de la materia no destruye el organismo mientras continúa la vida. La actividad es externa respecto á los individuos corpóreos, esto es, á los átomos, y pasa á ser interna para aquellos organismos que representan individuos con vida real, si bien muy diferente de la vida que corresponde á el alma. Y si observamos cierta relación entre las leyes de la actividad orgánica y las que son propias del alma, consiste solamente en un símil de finalidad, pero de ninguna manera en su naturaleza. Así, cuando estudiamos las leyes completas de la vida en los organismos, lo que más llama la atención es la finalidad, esto es, las funciones; y pasan éasi des-



apercibidas las fuerzas simples y las leyes que dirigen la actividad de todos los agentes. No es posible definir las cualidades de segundo orden que corresponden á los cuerpos orgánicos é inorgánicos para que se reduzcan á cualidades simples é inteligibles. Empero no es menos cierto que ninguna de las cualidades que representa la extensión es aplicable al alma racional, así como aquellas que indican simplicidad de la sustancia tampoco pueden pertenecer á la materia.

Así, la relación que conduce al conocimiento de las cualidades incompatibles del espíritu y la materia no es otra cosa que la armonía de las causas finales, que todas tienden á un fin común, el universo. Mas fuera de esta conveniencia incontestable, ¿no habrá entre estas cualidades, al parecer tan distintas, alguna relación que pudiera servir de fundamento á una doctrina seria y profunda? ¿No será todo esto una relación idéntica con diferente punto de vista y distinto modo de apreciación, la cual desaparece por sí misma bajo un objetivo superior, aun cuando una sustancia reuna en sí estos mismos atributos, cualidades y modos de incompatibilidad que hemos atribuido á dos órdenes de sustancias diferentes?

La razón parece indicar que no puede ser así, y los sabios se colocan al lado de la razón, porque ésta se halla ajustada á los límites legítimos de lo verdadero, y después de todo, ninguna autoridad respetable y digna de confianza ha venido á contradecirla. Y dado el caso de encontrarse esta autoridad, ¿será por medio de una revelación sobrenatural? No, porque el transcendentalismo la rechaza. Por otra parte, esta autoridad sobrenatural no es la razón divina, infinitamente superior á la nuestra, que jamás podrá engañarse ni engañarnos; siendo obra de Dios la que se halla en la humanidad. La razón increada ve infinitamente más y mejor que la razón creada; pero la una puede ver lo contrario de la otra. Á la razón divina, que se halla fuera de nuestra esfera, y á la razón humana, que se presenta desdeñosa y hasta con raros caprichos, se sustituye el delirio de la imaginación individual, que nos arrastra al *panteísmo idealista*; es decir, á la negación de la Providencia, de la libertad del alma humana y de la existencia de las sustancias finitas, y en fin, *al nihilismo*, á esta última palabra de la filosofía hegeliana, á la absorción de toda realidad en el *infinito*, y á que el infinito y la nada se identifiquen y confundan en el caos.

Repitémoslo otra vez; el espíritu y la materia tienen cualidades distintas, que son incompatibles, que no pueden ni deben confundirse, y sólo descubriremos allá en lontananza una relación de conveniencia, aun cuando sea dificultoso definir y demostrar en qué consiste.

Además de esta relación de armonía entre las causas finales, ¿existirá, tal vez, entre las cualidades del espíritu y la materia alguna relación de analogía

con las causas eficientes? ¿Las leyes de incompatibilidad serán semejantes y derivarán de un mismo principio, consistiendo sólo la diferencia en la diversidad de los objetos donde se aplican?

Nos parece probable que en el alma racional se encuentre todo cuanto sea posible encontrar en el átomo; pero que un átomo tenga, siquiera sea en grado inferior, lo que está representado y contenido en el alma, no lo consideramos aceptable ni susceptible de admitirse *à priori*, porque entonces estableceríamos como principio que las leyes del espíritu encuentran sus análogas en las de la materia.

Que las leyes de una actividad externa, en cuanto se refieren á un individuo ó á individuos reales formados de la misma materia, y las leyes de una actividad necesaria y ciega, sean iguales ó idénticas á las que corresponden á la actividad interna, á la inteligencia y á la libertad, parece imposible y fuera de toda verosimilitud. En primer lugar debe demostrarse por medio de la experiencia, si las leyes del espíritu y de la materia, hasta donde sea permitido conocerlas, admiten semejante analogía; y en segundo lugar es necesario comparar todas estas leyes entre sí para conocer y formar juicio acerca sus relaciones recíprocas. Procediendo de esta manera, la filosofía espiritualista ha señalado ciertas conveniencias de finalidad entre estos dos órdenes de leyes, sin que haya encontrado cosa alguna que marque esa identidad, ya sea en el principio, ya en su aplicación.

Sin embargo, nos permitiremos indicar ligeramente que este método no conduce á nada cierto, porque el idealismo exagerado sigue en sus investigaciones un camino diferente. Y entiéndase que, con el nombre de *idealismo* comprenden muchos sabios *la filosofía de la identidad absoluta* que reúne el idealismo intransigente con el materialismo y además todos aquellos sistemas que se acercan á este último y al panteísmo, donde los primeros se detienen al lado de las consecuencias finales.

Para el idealismo exagerado existen *à priori* la identidad necesaria de las leyes de la actividad del espíritu y de la materia. Para este *idealismo*, que no se detiene ante ninguna dificultad, la actividad existe, es indispensable que se presente y debe encontrarse al través de todos los obstáculos é inconvenientes y de todos los procedimientos. Y esto ¿cómo se consigue? Inventando leyes y principios apropiados al espíritu y á la materia, y deduciendo de una manera gratuita y arbitraria la identidad de las causas finales y eficientes y cuanto pertenece á sus dogmas fundamentales. En fin, haciendo un abuso lamentable de la metáfora, y colocando las frases y las palabras parecidas cuando no se conoce ningún medio de presentar un hecho ó una demostración aceptable. En cambio alguno ha preguntado, ¿no es la materia una idea relacionada con los



sentidos, que puede representarse como una modificación ó manera de ser del alma racional?

El alma humana goza de la inmortalidad, y es superior, según tenemos dicho, á todos los seres materiales ó corpóreos. La inmortalidad del alma es natural é interna, y después de separada del cuerpo continúa viviendo perpetuamente mientras no sea destruida ó aniquilada por Dios.

El alma racional no participa de los trastornos y modificaciones del cuerpo, ni sufre variación alguna durante los estados patológicos que producen la muerte; así es que, cuando el cuerpo pierde la vida comienza la putrefacción. El alma, al extinguirse el principio vital se separa con toda su esencia, conservando los atributos que corresponden á los espíritus. Decir que el alma humana muere con el cuerpo es un absurdo que proclaman ciertas escuelas. Ninguna causa puede destruirla durante aquella separación.

La existencia del alma racional ha sido puesta fuera de toda duda por el sabio profesor español el señor Don Ramón de la Sagra, en una obra intitulada: *El alma, demostración científica de su realidad*. Todos sabemos que la *anestesia* provoca la insensibilidad del sistema nervioso, en términos que se realizan las operaciones más cruentas de la cirugía, sin que el paciente sufra el menor disgusto ni molestia. Son distintos los compuestos que gozan de esta propiedad, entre los cuales se prefieren el opio, el éter sulfúrico y el cloroforno. Este fenómeno, que se provoca todos los días, prueba de una manera experimental que el cuerpo y el alma son dos cosas separadas y distintas. En efecto, mientras el cirujano amputa, divide, desgarrar los miembros y las carnes de un individuo vivo cual si fuese un cadáver, mientras el hierro candente quema y desorganiza los tejidos y los nervios sin sufrimiento ni dolor alguno, el alma continúa en sus funciones psíquicas bajo la influencia del agente anestésico modificador. Hay, pues, en el hombre un alma inmaterial y un cuerpo material, cuyo conjunto constituye la individualidad humana.

Esta unión sustancial establece la fusión y compenetración mutua, estando unida al cuerpo de un modo natural y sin ninguna violencia.

Durante la anestesia parece que se separan, hasta cierto punto, dice un autor moderno, el cuerpo espiritual del cuerpo natural. La unión del alma y del cuerpo eterizado ó cloroformizado con el cuerpo material se debe al oxígeno, cuya presencia en la sangre puede entretener los cambios fisiológicos del organismo durante la vida temporal en este mundo. El alma vive sin necesidad de este agente. La disminución del oxígeno en el aire que se respira, sustituido por el cloroformo, produce la insensibilidad hasta el punto que se podría quemar el cuerpo material sin que el alma experimentase dolor ni sufrimiento. Si la falta de oxígeno llega á cierto grado sobreviene la asfixia y la muerte.

La salud y las enfermedades, el sueño y la vigilia, el sonambulismo y los ensueños son situaciones variables del alma con relación á los estados fisiológicos del cuerpo.

El señor Trémaux, que ha estudiado con la mayor atención los fenómenos que se refieren á la memoria, presenta acerca del alma una comparación tan juiciosa como exacta, que tomamos de la importante obra del sabio é ilustre canónigo de San Dionisio de Paris, el abate Moigno, intitulada: *Les splendeurs de la Foi*.

«El cerebro, dice el señor Trémaux, ó el órgano de la memoria en el cerebro, puede recibir sensaciones é impresiones con las solas fuerzas materiales de las corrientes nerviosas... Cuando una capa muy tenue de materia impresionable ó sensible se ha expuesto á la luz que proyecta un objeto á través de la lente del daguerreotipo, esta capa, en la que la vista nada distingue aún, se halla, sin embargo, llena de infinidad de matices y de contornos perfectamente transmitidos... Si la huella de las sensaciones se imprimiera de una manera análoga en la materia del cerebro, el fenómeno de la memoria sería simplemente una acción mecánica. Pero no termina aquí la cuestión, pues luégo aparecen las dificultades. Cuando por equivocación ó por otra causa cualquiera exponen los fotógrafos una misma capa á diferentes objetos ó paisajes, en vez de hacer aparecer la imagen, el resultado se presenta más y más confuso é indescifrable. Y por analogía se deduce que lo mismo acontecería en el cerebro si solamente obrase la acción material. Este órgano, al contrario, cuanto más ha ejercido sus funciones y más imágenes ha recibido, la percepción y el juicio son más claros. La misma diferencia encontramos entre la función material que no se perfecciona, sino que aun en ciertos casos desmerece, y la función intelectual en la que el alma interviene... Fácilmente comprendemos que el cerebro esté impresionado de una manera análoga por todos los sentidos y que posea este fondo persistente de impresiones que constituye la memoria; que las cosas que nos han impresionado en nuestra infancia cuando la sustancia del cerebro no se hallaba sobrecargada de impresiones, tengan más vivas y claras huellas; que las impresiones más recientes sean en general las más presentes en nuestra memoria; y en fin, que los objetos que nos han impresionado por más sentidos, sean, en igualdad de circunstancias, los que se han sentido mejor... Hémos aquí, pues, en presencia de una multitud de impresiones de todas las edades, de todos los días, que pueblan el cerebro y que constituyen una especie de biblioteca de las impresiones de nuestra vida. Pero si nada regulara el orden con que se presentan á nuestro pensamiento, tenderían todas á surgir al mismo tiempo á la voz de una misma acción provocadora, no dando otro resultado que una imagen confusa, un caos indefinido. Afortunadamente no es



asi; pues tenemos la facultad de recordar tal ó cual de nuestras impresiones según nuestra voluntad. Es evidente, pues, que esta biblioteca tiene su *bibliotecario* que busca al punto la impresión á la cuál queremos ceñirnos, poniéndola á los ojos de nuestro pensamiento, sola, con exclusión de todas las demás ó combinada con otras. Pero ¿cómo definir á este incomparable bibliotecario, que sabe leer tan delicados caracteres y revelarnos con claridad imágenes tan imperceptibles como confusamente hacinadas, si este hacinamiento no fuese más que exterior? Por esto, hablando sinceramente, es preciso excluir el azar; reconocer la libertad de buscar, escoger y comparar con inteligencia nuestras impresiones; es preciso, en fin, algo que sobrepuje en sutileza á cuanto nuestra imaginación puede concebir... Otra vez nos encontramos ante los dos principios que ya hemos señalado, la acción material y la facultad de utilizarla. Para distinguir una facultad tan extraordinaria, no concibo nada mejor que conservar el antiguo nombre de esta facultad dado indistintamente por todos los pueblos y que todos comprenden, el *alma*.»

Luégo continúa el sabio Abate: «El alma es la que dirige la máquina-calórico que da salida á la corriente de sangre oxigenada, origen de la fuerza motriz necesaria para el ejercicio de las funciones físicas y fisiológicas del corazón, del cerebro y de los otros órganos; la que impulsa la máquina eléctrica abriendo el circuito á la corriente del fluido nervioso; el bibliotecario de la memoria; el centinela soberano ó, por mejor decir, general en jefe que recibe los despachos telegráficos de todos los sentidos, etc., etc. En una palabra, el alma es el agente que obra y el espíritu que vivifica.»

El señor abate Fua de Bruno, ilustre profesor de matemáticas de la Universidad de Turín, ha hecho conocer la espiritualidad del alma racional, valiéndose de una demostración sencilla y al alcance de todos; pero para nosotros es de grande importancia la franca declaración de Cl. Bernard, eminencia fisióloga que durante su vida militó en las filas materialistas. «El cuerpo humano, dice este sabio, es un compuesto de sustancias que se renuevan sin cesar. Todas las partes del cuerpo están sujetas á un movimiento perpetuo de transformación. Cada día perdemos un poco de nuestro sér físico, que reemplazamos con los alimentos. En ocho años próximamente hemos cambiado la carne y los huesos por otra carne y otros huesos que poco á poco se han sustituido por sucesivas adiciones. La mano con que hoy escribo, no está del todo compuesta de las mismas moléculas que tenía hace ocho años. La forma es la misma, pero la llena una sustancia nueva. Lo que digo de la mano, puede decirse del cerebro. La caja craneana no está ocupada por la misma materia cerebral que tenía hace ocho años.

»Sentado esto, puesto que en ocho años todo cambia en nuestro cerebro,

¿cómo recordamos perfectamente aquellas cosas que vimos, entendimos y aprendimos en tiempos anteriores á los ocho años? Si estas cosas están alojadas—como pretenden ciertos fisiólogos,—incrustadas en los lóbulos del cerebro ¿cómo es que sobreviven cuando desaparecen absolutamente estos lóbulos? Los lóbulos no son los mismos que había hace ocho años, y no obstante la memoria ha guardado intacto su depósito.

«Es, pues, continúa el sabio experimentador que en el hombre existe otra cosa distinta de la materia, es, pues, que hay alguna cosa *inmaterial, permanente, siempre presente, independiente de la materia*. Esta cosa es el ALMA.»

Las cuatro facultades irreductibles del alma racional, cuyo desarrollo per-



El abate Moigno.

cibimos en los fenómenos de conciencia que ya conocemos, son, según antes apuntamos, la *inteligencia*, la *sensibilidad*, la *voluntad* y la *fuerza motora*.

El fenómeno de pensar es activo y señala el ejercicio de la inteligencia; la sensibilidad recuerda el pensamiento, porque un sentimiento no existe en tanto no se percibe. Si no tenemos conciencia de una impresión recibida por nuestro organismo, falta la sensación y aquel *bibliotecario* no puede funcionar. La voluntad ejecuta los actos pensados, como un deseo, un movimiento estudiado, etc.; pero entre la idea y el acto hay un espacio de tiempo que constituye la *deliberación*: este intermedio es posible, pero no necesario. Un acto voluntario podrá ser libre, moralmente considerado, ó carecer de esta condición; el acto involuntario en ningún caso debe calificarse de moralmente libre.